

giones; la una del grande Antonio en Egipto; y la otra de un Basilio en Capadocia. Con los mismos Arianos en el Occidente nacieron igualmente otras dos; la de un Agustino en el Africa; y la de un Benito en Italia. Contra los Euthiquianos se levantaron los Discípulos del Abad Sabbas. Contra los Iconomacos se opusieron los Alumnos de Jannicio. Para reparar las quiebras que produjo el cisma Griego salieron los Cluniacenses, los Camaldulenses y los de la Valleumbrosa. Para serenar la horrible turbulencia, que los Nicolaytas habian excitado contra la Iglesia, amanecieron los Cartujos baxo la direccion de Bruno, los Cistercienses con Bernardo y los Premonstratenses con Norberto. ¿Que diré de los Dominicicos y Franciscanos, á quienes cupo la suerte de oponerse al furor de los Waldenses, Albigenses, Usitas, Flagelantes y de una inmensa multitud de Hereges de todas razas, que cuasi habian adulterado toda verdad, y destruido todo culto de Religion? ¿Y quien finalmente rebatió el orgullo de los Luteranos y Calvinistas, sino los Padres de la Compañía de Jesus, instituido justamente este Orden con este motivo, como declaró un Sumo Pontífice? (*Señ. serm. paneg. f. 329.*)

*Labr.* No se caliente osté mas la cabeza, nostramo; que yo ya tengo bastante doctrina, para enseñar á mis hijos, que tengan el mayor respeto á los Religiosos por los bienes, que traen á la Ylesia.

*Ecles.* No Señor: no quiero dexarme algo por tocar, que pueda contribuir á la instruccion que V. desea. ¿Y no le parece á V. un argumento fortísimo de lo útiles que son estos respetables cuerpos al cristianismo, los amplísimos privilegios que les ha concedido la Silla Apostolica, las exênciones, las gracias, las facultades; los patrimonios riquísimos que les han dexado, los Monasterios magníficos que les han erigido, y las súblicas demostraciones de honor que han recibido, siendo exáltados muchos de ellos á las mas señaladas dignidades, no obstante haber opuesto la mayor resistencia?

